



DISIDENCIAS DEL MAL Y DE LA GUERRA

Fernando R. de la Flor

1. Memorias

Descatalogada de lo que sería un archivo general de la arquitectura; finalmente desalojada también del discurso superior de las artes del habitar y del construir, la poderosa formación de la ingeniería militar constructiva de la última Gran Guerra Civil europea se dispone finalmente a salir de la historia, sin, al parecer haber escrito ninguna página digna de memoria en ella. O, acaso, de permanecer en la misma, lo hace en calidad de mero residuo inasimilable: testigo de la era de la violencia entre Estados que finalmente queda superada por el acceso a una nueva situación o meseta de lo politológico. Deshabitadas y enfermas, estas arquitecturas melancólicas se sitúan entonces como *ruinas* al borde mismo de antiguas líneas de fisión y violencia, y permanecen obstinadamente en ellas como testimonios incomprensibles y enigmáticos de primitivas pujanzas disueltas por el vendaval de la historia. Allí, en los bordes y periferias donde en otra hora se pudo poner en juego el destino de fuerzas abiertamente encontradas en lo que por entonces era, todavía, un campo de batalla normativo, son captados estos testigos fuertes por una sensibilidad posmoderna que alcanza a leerlos en cuanto alegorías a la intemperie del juego irónico-trágico de la historia. Tal así los rescata hoy el arte y la fotografía, haciéndose eco de la poderosa evocación imaginaria que suscitan, pues la posmodernidad, con todo, es nostálgica, y tiende a restablecer el catálogo de las figuras desviadas, abriendo los archivos de la anomalía y la disidencia.

Y es que, en efecto, como fragmentos de un destino aparentemente abortado y ocluido, estas fortalezas contemporáneas revelan, de súbito, con su imperativa presencia, el origen y fuente misma del *mal* histórico, convirtiéndose por esta vía en el ejemplo maestro de un discurso de la *disidencia*, apuntando a un trayecto (aparentemente, también) al fin no recorrido (al menos hasta sus últimas consecuencias). Las líneas primitivas que encastraban estos puntos fuertes, y, en propiedad, fortalezas, se pierden, pues, y comienzan a borrarse en los senderos de la historia acaecida. Pero al tiempo que lo hacen, evocan, por lo mismo, mundos definitivamente clausurados y se muestran a la mirada crepuscular como espacios estancos, que atesoran el aire mefítico de lo sobrehumano ultrapasado. Se comportan pues como archivos de la *catástrofe* ocurrida.

2. Emblemas

En principio, muchas cosas están comprometidas en el imaginario fuerte y vasto de la fortaleza, de la defensa, del baluarte y del bastión, hasta llegar a ese búnker de hormigón armado, interconectado y autosuficiente, expresión (y hasta *emblema*) de una modernidad «glacial», en la que puede decirse que han llegado a representar la concreción extremada de lo edificativo, la abstracción y radicación más absoluta de poder. Mientras, la pura presencia de esta célula de combate, allá donde se muestre, lo hace acompañada del imaginario de un férreo estoicismo y de una pretensión titánica.

El tema que nos ocupa evoca, ciertamente, un telurismo radical. No se agota su imagen en lo que sería una concentración de energías; en una utopía máxima de la



defensa, puesto que, por otra parte, podemos suponer también la existencia en estas estructuras de un centro coordinador de las estrategias que desencadenan el ataque; la razón misma de ser de la pujanza en que se sostiene toda idea de retaguardia. Sucede que la organización y la logística de un territorio pueden ser coordinadas —y, más allá de ello, enteramente dominadas— desde estas células poderosas. Y, en efecto, todo parece indicar que así fue. Lo que hace del punto fuerte, nodal, el eje mismo sobre el que han basculado las modernas «tempestades de acero».

Esta capacidad no conviene menospreciarla en el búnker. Pues, después de todo, ante lo que es su precedente arqueológico, los castillos —hoy de paredes arruinadas—, debemos pensar también que aquellos mismos, en tanto edificios *molares* del Antiguo Régimen, sostuvieron por entero el orden feudal, y a ellos les estuvo confiada la salvaguarda de todo un sistema social.

Bastaría con que reflexionáramos por un momento, en el caso de la arquitectura militar contemporánea, ante el hecho de que, prácticamente a partir de 1943, en que la dirección de la guerra total desciende unas cuantas decenas de metros en el subsuelo de la Cancillería alemana en Berlín, todo el programa nihilizador de la guerra total (así como la coordinación de cuantos recursos en ello se emplean) se lleva a cabo en un tipo de célula de poder inexpugnable como aquella por la que ahora nos preguntamos con mal disimulado asombro. Efectivamente, allí radica y se gestiona también allí, un suprapoder (el de la dirección total de la batalla total), espacializando y corporizando este poder mayúsculo, por vez primera en la historia, ciertamente.

Ese búnker de la Cancillería, en la 77 Wilhelmstrasse; ese sótano inmundos y asfixiante, recién encontrado, precisamente en las excavaciones del futuro edificio para los

16 *landers* de la actual república alemana (ver: www.xs54all.nl/-odu/bunker) alcanza una potencialidad temible, también en lo simbólico, y es por ello quizá que haya sido la primera víctima material del actual proyecto de construcción del gran Berlín. De la misma manera que la mayor batería y castillo de fuegos de la historia, la *Batería Lindeman*, en la costa francesa de Calais, ha sido también elegida como el punto nodal desde el que, una vez destruida, partiría el túnel que une por fin el continente con Gran Bretaña. Al «arco iris de la gravedad» de las antiguas y diabólicas *V-1*, toma el relevo ahora la lanzadera tubular que recorre en una vibración comunicativa el lecho marino del Canal de la Mancha.

En aquel búnker de la Cancillería se concentra, como en una burbuja temporal, todo el mecanismo del Estado fascista de poder, y podría decirse más, ya que de su existencia depende la emisión, la radiación de una indoctrinación. Algo que el pueblo alemán recibió desde esas decenas de metros en que se sustentó, concretándose, un modo de poder, que utilizaba también tal construcción como un arma cargada de simbolismo. Ello en el modo de una *forma*, la cual logra poder visualizar ante el mundo la existencia de este núcleo insobornable e imbatible; mientras obliga a ese mismo mundo a destruir literalmente todo lo demás para poder acceder a su control.

En efecto, es que la fortaleza ancla y sujeta eficazmente un territorio, que, en el caso de la Segunda Guerra Mundial y de la fortaleza de la Cancillería, se reveló patentemente como *territorio o plataforma intercontinental*. La historia aleccionadora de esa guerra se deja entonces pensar como historia propiamente *dromológica* (en el sentido que ha puesto en uso la palabra Deleuze), o historia de un desplazamiento por el mundo de masas y de energías técnicas que, a través de avatares y luchas agnósticas, se conducen hasta la toma física del poder concentrado al fin en unas decenas de metros.

Estos modelos de utopía defensiva radicados en construcciones que acompañan los delirios imperiales son la sustentación de un ejercicio violento del poder (como dicen los manuales de poliorcética: la fortaleza es la *imprimación* del poder en el territorio). Es decir: logran implantar en el territorio, en el dominio liso e inculto del mundo, un campo de puntos nodales y de bornes que tienen el efecto de subordinar entonces, por medio de la geometría, tal territorio a una figura de control visual y perspectivístico, ejerciendo también un señorío en el orden de lo simbólico, dicho sea esto último de paso.

La fortificación moderna se encuentra arqueológicamente asociada entonces, como es sabido, al nacimiento

de la perspectiva renacentista, y los artistas, dueños de los secretos de la modelización del espacio, se convierten en ese entorno, poliorcético y guerrero, como es el caso notable de Leonardo, en los creadores de prototipos de fortificaciones con que abastecer las necesidades de dominio de los Estados absolutistas.

El camino seguido por la fortificación conduce primero a su concreción y reducción, en un proceso de abstracción creciente, que ha de desembocar finalmente en su «desaparición», en la desaparición en nuestros días de la arquitectura militar de superficie. Lo que no significa empero, como nos ha enseñado Virilio, que la violencia haya desaparecido, sino sólo que lo bélico se ha hecho invisible —el *inmaterial bélico*— y, en último extremo, lo que implica este proceso desmaterializador es que la fortaleza ha sido literalmente «sacada de la tierra». En efecto, el punto focal de control, del tipo que sea, flota hoy más allá de la estratosfera. Ni siquiera, como ha sucedido aleccionadoramente con la MIR, cuando cae o deviene obsoleta, esta fuente de poder autónomo puede regresar a la tierra; su destino propio es ahora la combustión galáctica, la desintegración. Sucede que las células de poder contemporáneas no pueden ver decaído su estatuto simbólico y ser ofrecidas inútiles a la inspección a la mirada o al turismo.

Por eso allá donde sobreviven, en sus muestras arqueológicas, han sido aniquiladas o cerradas a cal y canto: destrucción del búnker de Franco en Salamanca; impenetrabilidad del de Miaja en Madrid, en la alameda de Osuna; conversión en capilla y sepulcro del refugio antiáereo del general Varela en Segovia; por fin, eliminación hasta las raíces del Bergohf, del «nido de águilas», última utopía alemana de la defensa a ultranza, una vez caída Berlín.

3. Topologías

Esta utopía de radicación del poder en una célula autosuficiente e inexpugnable a las condiciones epocales, puede ser encontrada muchas veces en la historia de España. El modelo de fortificación española y el imaginario de una defensa de tipo numantino, fue extendido por la empresa colonizadora por todos los continentes, y de él podemos hasta decir que en cierto modo fue un modelo en verdad de exportación española. Y es que la idea de enclaustración ha presidido ¿eficazmente? la dirección de la guerra hispana, desde que ésta se constituyó, primero a través de una compleja articulación feudal de reinos (Castilla, y después, «castillo»), después en el momento climático de la totalidad imperial hispana,

cuando se reveló como incapaz de la gestión civil del territorio. Es decir, cuando la defensa militar del territorio en sus bastiones se convirtió en un modo propio de defensa hispana, ya fuera esto en Flandes, como en Orán o Bahía.

Mosaico feudal o inopinada totalidad imperial, el imaginario de lo hispano pronto se mostró obsesionado por las fantasías de la defensa a ultranza, producto de la difícil articulación de poder, comunidad fracturada e internamente dividida y proyecto unificador de expansión y conquista. Como ha escrito un historiador actual, Albi de la Cuesta, refiriéndose incluso a los ya lejanos tiempos del emperador Carlos V:

De ahí la proliferación de guarniciones aisladas del *hinterland* en presidios dependientes del exterior hasta para obtener la cal precisa para construir fortificaciones. Ello determina un escenario perfecto para resistencias insensatas. Los españoles, expertos desde siempre en inmolarse por causas perdidas, sabrán morir solos, rodeados por un adversario abrumadoramente superior en número, sin esperanza de socorro.

Hay muchos ejemplos de ello en Hispanoamérica, el mundo, más que «vacío» (Eduardo Subirats), el continente «fortificado» (al estilo, definido por Bettelheim, de una «fortaleza vacía»). Ello ocupa una acción que va desde la ciudad letrada hispana, que se construye en el corazón de la laguna de Tenochtitlan, hasta los melancólicos castilletes que puntean las costas brasileñas en tiempos de los Felipes, sujetando a tal Corona, al menos nominalmente, nada menos que la Amazonia impenetrable.

Los reductos y fuertes, distribuidos por doquier, sustentan la peculiar posición colonizadora española. Hoy son, en el Morro de La Habana o en la fortaleza de la bocana de Puerto Rico, *alegorías* a la intemperie de un modo peculiar hispano de inhabitación del territorio. Impresionantes masas defensivas que sujetaron el Imperio,



más allá del tiempo que hubiera sido razonable. Y es que la tendencia del empleo de la fuerza militar hispana a encapsularse en los territorios, determinó también otras geografías lejanas, abarcando entonces la totalidad de un «orbe», como las Filipinas, de las que se tendrá en la memoria esa imagen sentimentalmente vinculada al franquismo de los «últimos de Filipinas»; de su resistencia en el blocao originario y en las defensas que demoran la entrada en tromba de la historia en ciertos espacios militarizados al «hispano modo».

Pero quisiera referir que las fantasías de arquitecturas militares todopoderosas presidieron también nuestra agónica situación militar en las posesiones de Italia, donde la situación fue desde siempre angustiosa para la suerte de unas «armas de España». Ello, por supuesto, determina también por completo la vivencia española de una acción en otro continente, cual el africano, en cuya parte norte los ejércitos españoles se encapsulan durante varios siglos (y esta simple mención, como se verá, nos va ya conduciendo hacia el momento de una Guerra Civil, larvada en lo africano, al tiempo que vamos transitando ya con ello, del castillo y la torre barragana del Antiguo Régimen al fortín, al blocao, a la casamata de la edad contemporánea o, ya casi, poscontemporánea).

Allí, en África, precisamente, más que en parte ninguna, el fuerte, la pequeña guarnición murada y, ya en los tremendos años 10 y 20 del siglo XX, el blocao y el fortín fueron determinantes, quizá por ese juego de fuerzas que Deleuze y Guatari han diseñado en sus *Mil mesetas*, y en donde, en la extensión ilimitada del desierto, las máquinas militares, la dromología, renunciando expresamente a la totalidad, establece campos estabilizados de contención y sujeción mínima, ante el avance y el miedo a la arena innumerable y anómica.

El hecho es que estas Melillas, estas Ceutas nuestras, así como el rosario de fortificaciones encriptado en el territorio africano hostil, crearon este imaginario de la protección a ultranza en un mundo enemigo. Algo que el hundimiento general de un frente compuesto de posiciones en blocao ocurrido en la derrota de Annual, por ejemplo, situó en una dimensión perfectamente trágica. Y de la que dan cuenta todas las novelas de aquella guerra, desde las del propio Franco, cuando escribe el *Diario de una bandera*, a la de un Jesús Fernández, que publicó ese *Blocao*, al que luego, cuando todo estaba olvidado, he vuelto para construir mi libro homónimo (Madrid, Biblioteca Nueva, 2000).

El búnker, que parece dotado de una referencia prácticamente asociada al mundo del nazismo y de la

festung Europa o «Fortaleza Europa», tiene entre nosotros, en el mundo español, también una dimensión peculiar, que se activa luego con la guerra de posiciones de la Guerra Civil y allí recibe su conformación última. A nadie se le puede escapar eso cuando se visita el desvenecijado búnker desde donde Miaja dirigió la guerra en Madrid; o las posiciones y casamatas del Parque del Oeste, lugar en que se frenó en seco la primera ofensiva franquista sobre la Capital Roja del Estado de entonces. O el búnker de Franco en una Salamanca convertida en la capital espiritual de la Cruzada. Esta peculiar guerra de posiciones «a la española», que vemos hoy (causando no poco regocijo por una cierta ineficacia bélica de lo hispano) en *La vaquilla*; esta estabilización de los frentes detenidos por líneas de fortificación más o menos potentes (y más bien menos potentes), contradice la movilidad por la que aboga Jünger, como verdadera razón de ser de la guerra moderna, y que el teórico de la violencia ya veía como conquista de la civilización, sin vuelta atrás a la altura de los años 14.

Lejos de ello, el inconsciente de la defensa inmóvil y recalcitrante inunda el imaginario de nuestra batalla guerracivilista, y puede ser perfectamente atribuido, como hizo el escritor y ensayista Juan Benet (un apasionado de la cartografía de la guerra, que tuvo su casa construida entre los búnkers de Navalagamella), a la incapacidad militar de Franco, a su inconsciente modelado en África, y provisto por las lecciones de una historia española, que queda jalonada, en el caso performador de los acontecimientos en las guerras de los *Países Bajos*, por una serie agónica de defensas y pérdidas sucesivas del rosario de plazas fuertes, que eran por aquel entonces la «corona» de la Monarquía y sus territorios más ricos y activos. Esta inmovilización en el imaginario de la provocación al asedio, entendido, desde el ejemplo que suministró para el mundo el caso del Alcázar de Toledo, como dotado de dudosa rentabilidad estratégica pero de fortísimas connotaciones simbólicas, supone, digo, una efectiva *demodernización* brutal de las condiciones técnicas de la batalla, e implica también el desproporcionado holocausto en vidas humanas y destrucción patrimonial, y todo ello cuaja a la perfección en nuestra geografía en esos blocaos guerracivilistas, los cuales espectralmente remiten en realidad al castillo roquero y al homenaje en víctimas que tal estructura reclama.

Ciertamente entonces, abandonando los terrenos de una historia que nos llevaría muy lejos, y que está creo suficientemente evocada ya, podemos decir que en el blocao, en el búnker, cristalizan concepciones poderosas de lo que es el espacio defensivo, de la relación entre ejército y progresión; mientras que en él se sustantiva también

el sentido todo de la relación que cabe establecer entre el cuerpo y su protección. En este último aspecto, el castillo, la fortaleza extremean en el imaginario la significación de la *casa*. Bachelard (*Poética del espacio*) nos ha enseñado a ver lo que hay en ello, alimentando todo un campo topológico de imágenes rectoras del imaginario. Entonces, la fantasía de encierro, enclaustramiento y peligro ha cuajado en imágenes históricas muy poderosas.

Hay que decir, para empezar con ello, que toda la anatomía renacentista vive de conceptualizar un *cuerpo-fortaleza*, que se resiste a las asechanzas de las fuerzas de la disgregación. Pero hay que decir también, volviendo a nuestros ámbitos hispánicos, de los que no quiero en verdad alejarme mucho, que la literatura espiritual vive asimismo de trazar la geometría espiritual del alma como una fortaleza, como un castillo, como una *morada*, según la acreditada metáfora teresiana. El repliegue de la sensualidad, su propio cercenamiento se vive como metáfora de una retirada del mundo engañoso, constituyendo un valladar opuesto a sus tremendos peligros.

La literatura exegética y crítica hispana ha vivido secularmente de avalar estos procesos de retirada y repliegue y *vos* fortificados y aislados, trasladando quizá a las «tecnologías del yo» (Foucault) algunas de las experiencias de los campos de batalla en tres o cuatro continentes, cosa que, en efecto, ha hecho, siquiera sea en el plano semántico. Hoy empezamos a conocer los peligros de aquel repliegue, o por lo menos comenzamos a considerarlos sin los tintes idealizantes, con que generaciones de críticos han tratado el *alma fortificada* y la *ciudad mística*. El libro de Bettheleim sobre la fortaleza vacía (*La fortaleza vacía*), nos pone en guardia sobre lo sicótico de este imaginario de la protección y del apartamiento. En este ideal sofisticado de la técnica conservatoria, vemos cuajar el principio y la manera específica en que la tecnología trabaja por ampliar la distancia moral y física que separa al hombre de su contorno. Eduardo Subirats (*El alma y la muerte*), entre nosotros ha sido, en concreto, quien ha puesto en evidencia la paradoja de las almas místicas que, mientras se repliegan al interior, evitan la crítica dialéctica del mundo, y dan su consentimiento a estrategias de poder superiores que las utilizan en sus discursos de ejemplificación. El alma fortificada se hace sumisa, extremadamente manipulable, sujeto ideal de una indoctrinación a la que prestará una servidumbre abúlica.

A través del libro de Bartov sobre la Whermacht y la campaña de Rusia (*L'Arme de Hitler*), sabemos hoy que los búnkers y defensas rígidas, constituidas en lugares donde, prácticamente desde Stalingrado, vivieron los restos del ejército alemán, se convirtieron en los verda-



deros lugares o templos de la *indoctrinación*, donde la visión nazi de la vida, la exaltación sacrificial y la concesión de un sentido metafísico y trágico a la batalla verdaderamente tuvieron acaecimiento y lugar. En efecto, en ese entonces, los búnkers se transmutaron en el lugar ideal de la elaboración de la *vivencia* (dicho en términos jüngerianos) interior. Como, por cierto, más tarde también aprendió a conocer esto mismo la población civil alemana en sus refugios antiáereos, concebidos, en este momento de máxima tribulación y de colapso histórico, no tanto como lugares de protección, cuanto como centros para la construcción de una mentalidad apocalíptica, donde de nuevo en sentido jüngeriano «la vida tomaba distancia de sí misma», y permitía de este modo asumir la carga sacrificial, como específica necesidad de aquellos tiempos terminales.

Todo ello empieza, creo, a asentar estas figuras de los búnkers como una «imagen dialéctica», en sentido benjaminiano; imagen ciertamente explosiva, escandalosa, del tiempo que nos precede. Diremos de tal imaginario de la fortaleza y del búnker, que ha sido además abastecido ampliamente desde los terrenos de la palabra poética y de la literatura. Apollinaire mismo estetizó las batallas de material de la Primera Guerra Mundial, haciéndolas girar en torno a este punto nodal que son en ella los «palacios de la greda», las posiciones fortificadas, sobre las que pivotó al cabo lo que fue eje de la gran destrucción y la aniquilación de masas.

Julien Graq construyó, en particular en los *Ojos del bosque*, esta visión de la fortificación en forma de templo auténtico y *ara sacrificial*, donde el combatiente, sobrepasado y destruido por la experiencia de la batalla, reconstruía allí como escritor, como hablante, su experiencia, y la dotaba de un sentido (éste necesariamente sacrificial, enteramente *oblatorio*). El búnker allí era el lugar donde la experiencia exterior se convertía, en términos de Jünger, en «experiencia interior» (*La guerre comme expérience intérieure*). Allí, en la intimidad de una protección de bóvedas de acero, se dotaban de sentido las imágenes incoherentes vividas poco antes entre las «tormentas de acero». Podemos imaginar que se construía una teleología de la historia (por la cual, ésta, al cabo, habría de redimirse). Dino Buzzati supo también dar esta «forma espiritual» a la fortaleza, en tanto *operador metafísico*; lugar donde el hombre recuperaba su posición de extrañeza frente a un cosmos adverso y definitivamente ininteligible. El búnker comenzaba allí a ser entendido como una matriz *ctónica*, como la última arquitectura cultural para defenderse del vendaval de la propia cultura.

Las metáforas de la fortificación y la casamata se extienden empero por el espacio literario y protagonizan reapariciones que bien podemos considerar «espectrales» en la materialidad discursiva occidental. Es de destacar singularmente por su atrevimiento conceptual el modo metafórico en que Gómez de la Serna hace una aproximación a Pombo, su café de resistencia. La llamada «cripta de Pombo» es, también, el búnker *de Pombo*, con vivencias de modo expreso asociadas a la vida de los guerreros en los blocaos:



En Pombo —dice— hemos encontrado la compensación como si habiéndose acabado el oxígeno en el mundo se fabricara sólo en este rincón. En el ambiente incorruptible de Pombo, rodeados del vacío absoluto nos damos más cuenta de este ardite vivo que la intemperancia de lo social —inorgánico, ambiguo, inhumano— asume más en nosotros y nos lo hace asumir más. Pombo además tiene un valor único porque crea el vacío honesto mejor que ningún lugar, apaga mejor todo el ruido de fuera. Y —termina exclamando— Pombo, ¡casamata ideal!

En nuestros días, Paul Virilio (*Búnker archeology*) ha conectado la última época de la construcción de la arquitectura militar de superficie con un tipo de poder, que concibe peculiarmente el espacio que le es dado, revelando en ello una pulsión de muerte y cesación; una estrategia suicidaria del propio colectivo, en tanto que Estado homicida de sí mismo; lo cual le debe mucho, es preciso reconocerlo, al imaginario kafkiano. A través de Deleuze, hemos comprendido que el búnker es una alegoría de una decisión de dominio que estría férreamente el territorio, mientras lo somete a las operaciones del control visual y de la geometría. Pero es más, la lección de la historia en este sentido es que este ejercicio, a la postre, resulta inútil en la dimensión de la historia, como por cierto ya había advertido el gran Vauban, pues el destino último de una fortaleza —había dicho el poliorceta e ideólogo de Luis XIV— es, en último término, el de «ser tomada».

Al fin el búnker se deja leer como la línea misma, el borde o «lugar de fisión», en palabras de Teilhard de Chardin («delgada línea roja», diríamos hoy en términos absolutamente cinematográficos), adonde un poder llega en condiciones desfallecidas. Línea máxima de desgaste de material y de seres. A partir de él, y de lo que supone su implantación territorial, no queda sino el vasto espacio liso, inculto, que forma el glacis, el campo polemológico por excelencia, donde vive por cierto la amenaza anómica. «Desierto de los tártaros» (Dino Buzzati), que va lamiendo los sillares de lo construido, hasta reintegrar la construcción a su nada absoluta, a través de los pasos secuenciales de los estados de ruina.

Volvemos a Bettheleim y su interpretación de las construcciones «a lo Vauban» de la interioridad: son confesión de un desfallecimiento de la libido de abarcar más y de poder más. Mientras, también suponen el principio de una derrota frente al tiempo, frente a la inmensidad; frente, de nuevo, a los «desiertos de tártaros», desde donde llega, inevitable, el trabajo de la erosión, que comienza inmediatamente la tarea de la demolición de lo que se ha alzado demasiado orgullosamente.

Así, el error de Hitler es ya siempre «la fortaleza Europa»; en tanto que el error del estratega y el error mismo de la persona, puede llegar a ser la capitalización de sus energías en un punto inmóvil y visible; la delimitación de un territorio cualquiera a base de líneas inflexibles de fortificación. Las cuales, a partir de su establecimiento profundo en el seno de la tierra madre, no dejarán ya de ser socavadas hasta su inevitable sobrepasación y total borradura. La *Muralla del Atlántico*, o frente al Atlántico, hoy todavía se deja leer como una metáfora de un poder irresoluto al cabo; de un poder fundado en la comprensión exclusivamente telúrica; en tradiciones de pueblos agrícolas, con aptitud para las alturas, pero no para las extensiones misteriosas e indeterminadas, como el mar mismo, frente a las que se dispone en actitud de defensa inconsciente.

El cabo Hitler, ciertamente no había servido en la Marina, y de entre los miles de fotografías que dejan constancia de su paso raudo y devastador por el mundo, ninguna —ni una sola— lo representa sobre las aguas. Contrafigura de Cristo, le faltó al cabo de acero esta capacidad de Cristo mismo para «estriar el mar» y acabar encontrando un camino sobre él. Los destrozados búnkers del sueño protectorio nazi, lo que hoy alegorizan es, con exactitud, el temor al mar, a la extensión indeterminada, ciega, opaca, de la que, ciertamente, en el caso más que emblemático de la *Atlantikwall*, una mañana de junio de 1944 vino la sorpresa, que acabó en un solo golpe con el resultado de lo que fue la primera empresa de construcción paneuropea ideada por el propio Speer: la organización Todt.

Lecciones de la historia. «Alegorías a la intemperie», que luego son filmadas por Spielberg, en el modo de una reducción extrema del emblema, al constituir éste narratológicamente un pequeño avatar, un accidente, de la «gran Batalla». El tema del blocao nos ha podido parecer hasta ahora un pequeño motivo perdido en la poderosa discursividad militar. Una viñeta de la mitología bélica. Ello desactiva potentemente y patentemente su imaginario, y hace de este detritus arqueológico de la historia hoy en día un lugar incómodo, un poco ridículo, despreciable; ello después de todo el trabajo de banalización de lo guerrero, a que contribuyó ampliamente el cine y los medios de desnazificación de Europa.

4. Final

Y, bien, ¿cómo situar todo esto? ¿De qué modo todo ello se relaciona al cabo con un tiempo como el nuestro que nos ofrece la imagen un poco esperpéntica de los blocaos semiderruidos en las playas de vacaciones?

¿O cuyo proyecto imperial se acaba por proyectar finalmente en la obra faraónica y telúrica que quisieran ejecutar los artistas que quieren rubricar con ello su ego del tamaño del globo terráqueo? Entonces: ¿cuáles son los caminos por los que esta colección de imágenes que nos deja la propia historia de la arqueología de lo bélico permiten todavía alguna lección? ¿Con qué objeto se vuelven a fotografiar estos rostros antropomorfizados de batallas, a las que solamente se puede acceder a ellas a través del escrito, del texto?

Bueno justamente por una confianza en el poder de la imagen. Por la conciencia también de que estas imágenes resultan eventualmente las últimas tomas sobre los campos de batalla y la guerra del ayer, en el caso hispano metido en un olvido patológico de las guerras fratricidas.

La exposición de campos de batalla de Bleda y Ros, recientemente vista en España, resulta ser, a estos efectos, sintomática. Los artistas han fotografiado con empeño documental campos de batalla españoles; pero campos en los que no queda una sola huella del ayer. Presencia de una ausencia, diría Heidegger. Cuando se consume en Belchite la elevación del parque temático de la Guerra Civil Española, en ese mismo momento, probablemente, no quede ya en toda la geografía un solo testimonio físico de que tal guerra haya tenido lugar.

La conjura contra el pasado, contra sus evidencias es lo más real que nuestro tiempo nos propone. *Debord dixit*, justamente: los recuerdos de las batallas son los primeros en desaparecer en el remolino de la actualidad. Desaparición, pues, alternativa, la cual afecta a la memoria conservadora y a la progresista, o desaparición —y disimulación— de las cargas trágicas de la historia, justamente de la que se encarga el progreso. Por ejemplo, desmemoria y borradura de las huellas sobre el territorio de Madrid, en cuanto la primera ciudad mártir del fascismo europeo. Pero destrucción alternativa, por la parte de la izquierda, de la memoria de una Salamanca Cuartel General franquista. En ambos casos, son precisamente las líneas de fisión, de incandescencia del frente de batalla las que sufren la aniquilación de la huella y la inviabilidad y oclusión de su presencia en la estructura del recuerdo.

Los búnkers y las casamatas de la fortificada Madrid han sido los primeros sacrificados a la hora de la construcción de los *parkings*, de las carreteras, de las urbanizaciones. Y aquí en Salamanca misma (desde donde la emisión de este discurso se produce), el cuartel general subterráneo de Franco fue victoriosamente

arrasado por la primera corporación socialista, que distribuyó muchos gestos de pacifismo abstracto y barato. Así pues, operación de una posmodernidad radical consigo misma, se decidió construir un garaje y unos preciosos apartamentos en el búnker subterráneo de Franco.

Las imágenes del pasado, empero, retornan. Lo hacen dialogando entre sí con otras visiones homólogas, sobre eso que podemos llamar jüngerianamente «el rostro de la batalla», o la tierra tomada en tanto objeto de una estrategia lúgubre, *ctónica*. Mostrar el residuo de la batalla, para prevenir sus sucedáneos desvitalizados. He ahí la nostalgia a que llama la historia. Al estilo de la célebre foto de Fenton en Crimea, vemos el lugar poblado de desechos bélicos pero, en el caso de Fenton, simbólicamente vacío de la referencia a los cuerpos de los integrantes de la Brigada Ligera, desaparecidos para siempre en el Valle de la Sombra de la Muerte. Tal el trabajo realizado por un pintor —Xavier Monsalvatje— que toma las fortificaciones como objeto de sus alegorías de la modernidad*. Digamos que una imagen ideal de todo ello se encontrará lejos de todo pacifismo abstracto. No se trata, pues, en estos momentos históricos de una nueva (e ineficaz) «denuncia de la guerra». Ha acabado el tiempo de la denuncia; nada está ya en la línea de aquel libro de Friedrich de 1924 que se llamó *Guerra a la guerra*.

Pero tampoco estas imágenes actuales se pueden situar en la onda jüngeriana de sublimación, de testimonio y prueba sacrificial y necesaria de un devenir supremo. Es decir, del «dolor bélico» como paso necesario en la construcción de la casa común europea. Yo no integraría este testimonio hegelianamente en la construcción de un metarrelato de la técnica y sus fases. Aunque sepa que así ha sido a la postre. Pienso con Benjamin que toda construcción permanece incierta. Dejémosla en tal caso así. Probemos a entenderlas como productos de una disidencia general, de una enmienda a la totalidad de lo humano. Son inteligibles como desviación, como anomalía. Formalizan una inquietación para la que no hay respuesta.

Como documento, estos recuerdos y *souvenirs* guerreros, proyectados ahora en escenas de representación colaboran sólo a que tal rostro arcaico y enigmático no se desdibuje por completo; fijan en la memoria y sostienen con su dialéctica lo que en la realidad ya *no existe*. Se trata de elevar un memorial o, menos pretenciosamente, un «libro de recuerdos» en torno a ello, como también llamó Jünger a su libro sobre la Primera Guerra Mundial. El recuerdo, en efecto, «fija» el campo de batalla, y digamos también que lo vuelve legendario e inimaginable, según la observación del mismo Jünger, para quien cincuenta años de paz proveen un olvido absoluto de la tribulación de la guerra, relegándola a la escala de lo fantástico y casi imposible de haber sucedido y tenido efectucción.

Guerra y memoria arqueológica están unidos, aparecen unidos, y este texto y estas imágenes con una fuerte imprimación brutista y enigmática deben servir de precisa cubierta o envoltorio a la evocación de unas construcciones testigo, que arruinadas comienzan a desaparecer de todos los lados. Cabe, con todo, el evocarlas con alguna precisión, para que su memoria no se disuelva del todo. En cuanto pertenecientes, al fin y al cabo, al «género de ruinas», estos testimonios melancólicos elaboran un duelo. No consienten la tendencia a olvidar tribulaciones pasadas. Su visión induce el modo en que se orquesta una elegía.

Esto que se arruina, ininteligible ya casi en zonas muy profundas de antiguas geografías es la casa del Mal, la *Casa de Enoch*, que cumple hasta el final con su destino adverso.

* Las ilustraciones de este artículo pertenecen a la exposición de Xavier Monsalvatje en la Galería de Benito Esteban, de Salamanca, entre el 10 de mayo y 10 de junio del 2004.